

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

DOÑA INES—Por Azorín.

Con la muerte de José Martínez Ruiz (Azorín), desaparece el último de los grandes clásicos de España. Arbitrariamente inscrito en la generación del 98, fue únicamente un escritor. Sus paseos por los predios de la política solamente le dejaron agruras y desencantos. La política en España como en Colombia, pierde el contacto con las ideas, les resta toda vigencia, para convertirse en un juego mañoso, calculado, en el cual siempre ganan los más habilidosos, los mejor preparados para manejar a los polichinelas de turno. Azorín tuvo una virtud de la cual carecen muchos escritores colombianos: La claridad. No divaga en forma obscura y retorcida sobre los temas, sino que nos los traía frescos, coronados de una especie de rocío matinal. Su prosa era tersa y limpia. No mezclaba temas, ni perdía el hilo de la sindéresis, que a otros los convierte en petulantes movilizadores de ideas ajenas. Azorín sabía manejar los vocablos en una forma tan pura y alígera que parecían flotar en el aire, en un polvo sutil y descendido de la más pura galaxia. Se hizo escritor mediante una disciplina, en cuyo fondo latía la ternura, el juego radiante de la sensibilidad.

¡Transparente y delgado como la buena lluvia este Azorín de alquimia! Sin ser la suya retorta de preciosismos neo-clásicos, sino voz del idioma, resonancia interior, silencio de un cristal compacto, no quebradizo como la porcelana, sino duro, firme, sin blanduras, ni partes maleables. Su prosa era muy peculiar, porque era muy personal. De la intimidad del ser, del don profético y ascético del auténtico creador de belleza. A la prosa de Azorín no podemos sacarle jugos y devaneos filosóficos, porque la uva no admite categorías canijas ni obscurantismos que en nada mantienen relación con su estilo tan propio y original. Nadie mejor que el pintor Ignacio Zuluaga nos dejó el retrato de Azorín. El caballero ascético como lo fuera su prosa, horra de erudiciones que son un engaño al lector, una trampa de sabihondos. Todo medido, exacto, iluminado por dentro como un tabernáculo. Azorín no se presta para ensayos de esos que son apenas acotaciones sin vecindad con su prosa, tan rica en matices, en sorpresas, en esos deslumbramientos que son todo embeleso, luz, perspectiva de llanura, maceración de pampa. El pueblecito donde nació Azorín, Monóvar, le dio en su niñez campo ancho para imaginaciones y figuraciones. El escritor siempre estuvo ligado con su tierra natal. Fue su campanita ora-

cionera, su raíz cerebral, su floreciente camino para hallar sus personajes típicos, sus sorpresas, aquellos relatos calientes como el pan bien horneado. Su pueblecito lo ha descrito en varios de sus libros, como en **La voluntad**, Antonio Azorín, **El paisaje de España**, en **Suprerrealismo**, todo él un paisaje sedante, ennoblecedor de todo lo pequeño pero que tiene un alma, una dirección moral, una atmósfera creativa alucinante.

La España de Azorín es la que está clausurada para los turistas impacientes, que resbalan la mirada sobre las cosas y los hombres, sin buscar hallar su profundidad, pudiéramos decir su razón panteísta o metafísica. El ambiente de su juventud hizo de Azorín un ser melancólico, apartadizo, dueño de una fuerza interior, que ha de servirle mucho para “andar caminos”, detenerse frente a la naturaleza, cantar y encantar con su prosa de esquila que recoge toda la luz del atardecer. Mientras otros escritores voceaban palabras gruesas de marinería y se agarraban a las mesas de las “peñas” madrileñas, Azorín pasaba de largo, llevando consigo su silencio, los seres que iba creando, que parecían estar aún en la bruma maternal, en el germen de la vida. Cierta sonrisa de desdén sobre el labio silencioso. Los místicos españoles que leyera asiduamente le dieron la noción exacta de la gloria, su mentira, sus coronas de ceniza. **Doña Inés**, es una obra delicadísima, en la cual está toda su sensibilidad, su pensamiento, el agitar de las pasiones humanas como larvas. Penetra en la psicología, pero sin abandonar la lírica. Porque Azorín fue, antes que todo, un lírico. Todo lo que pasa ante sus pupilas y baja a los picos de su pluma, a esa letra menuda “paticas de mosca”, se convierte en música. Todo fresco, optimista, natural, vivo. Sus pueblos lo son de verdad y no fantasías, mundo de lo irreal. Pero los presenta con tal belleza que parecen encantados, flor de almendro o camino azul de romerías.

Sobrio en todo. Detesta los lujos, el barroquismo delirante. La mesa sencilla con alimentos tiernos, sin aliños. El licor no pasa por su garganta. Tiene la voluptuosidad del agua fresca. El agua es su alimento. Por eso su sangre no fermenta con humores sombríos o con endiabladas ausencias de la razón. Su frugalidad es literaria y humana. El escritor es un reflejo del hombre que vive en soledad, atento únicamente a su creación literaria. No acepta invitaciones. No se mezcla en peleas por su estilo. No contesta elogios. “Todo esto es tiempo perdido”, ha escrito. Lo importante es seguir adelante, no perder el rumbo, vivir en función de escribir, de transmitir mensajes.

Su obra, copiosísima, mucha de la cual no ha sido publicada, es un vivo testimonio de lo que fue este gigante de las letras. En verdad su muerte, abre un vacío hondo, imposible de colmar en las letras de España y América.

* * *

ENTRE SOMBRA Y ESPACIO—Libro III—Poesías.
Jorge Pacheco Quintero.

Nuevo regalo para la inteligencia este III tomo de **Entre sombra y espacio**, de Jorge Pacheco Quintero. Animada por la misma energía de los dos libros anteriores, esa obra consagra definitivamente a Pacheco Quintero

como un gran poeta colombiano. Puede decirse, sin hipérbole, que a Colombia le ha nacido un poeta. Pero no dicho esto en cualquier forma, sino el poeta que viene a reivindicar ciertos títulos que nos han vanagloriado. Muchas veces sin beneficio de inventario. "Colombia, país de poetas", suele decirse en el extranjero. Nada más falso. Verdaderos poetas solamente hemos tenido unos seis o siete. Los otros son hacedores de versos, que, sin sentir hondamente la poesía, escriben versos como podían hacer memoriales o cartas de amor. Muchos de nuestros llamados "poetas", no tienen vecindad con la cultura. Dicen, para salir del paso, que la cultura impone normas, subordina el propio pensamiento, arrebatada la libertad. Manera fácil de evadir un compromiso consigo mismo y con los otros. Pacheco Quintero nos trae su voz desnuda, resplandeciente como la piel de durazno de ciertas doncellas. Aquí, en este III tomo de su poemática hallamos la voz entera del poeta, su propia interpretación del mundo. Su voz es suya, sin evasiones hacia lo erudito, esa reminiscencia de otras voces, que denuncia y agrava el perfil de muchos poemas de escritores colombianos. Es preciso, desnudarse, adámicamente, dar la entera y propia voz, que no es remedo, reminiscencia, palabras que cayeron al pozo ciego del subconsciente, y, de pronto, afloran, burbujas en la sangre. La verdadera poesía es experiencia o no es nada.

Nuestros bohemios de la "Gruta Simbólica", resultaron hijos, malos hijos de escuelas europeas, cuando no simulaban un romanticismo patético, la lágrima sobre el rostro enharinado de Pierrot lunático. Cada día es más necesario que la poesía sea la verdad de la vida, con sus tremendas cargas de fondo. La palabra poética tiene que sustentarse del limo original. Encrespamientos, ternezas, abismos, colinas, padecimientos, desgarramientos, eso, y mucho más, es la poesía contemporánea. Acaso la de todos los siglos.

Pacheco Quintero lo sabe muy bien. Y en su poesía queda el surco de la quilla del arado sobre el cuerpo de la tierra. Y con un deslumbramiento en el cual la palabra es apenas hilo conductor, exprimida sí de todos sus jugos acerbos o melódicos.

El orden poético de sus libros obedece al ritmo cósmico. Pasan escuelas, novedades que son más antiguas que los Faraones, pero la verdadera poesía continúa siendo un sol en mitad de un mundo arrodillado ante el milagro. Poesía que no esté unida a lo cosmogónico, que se desatienda del mundo en torno, se convierte en confesión personal, pero no penetra en el mundo que nos rodea, en los muros negros y agrios de la noche, en el amor no como simple sollozo, sino como eternidad, raíz que nos mantiene en pie no obstante los cerebros electrónicos, el triunfo de la ciencia, hijastra de los hombres, convertidos en esclavos de su propia creación. Pacheco Quintero, nos deja un mensaje lírico de la mayor calidad en nuestro mundo poético. No ha vivido del prestigio de cartón de otros, de la estatuilla que funde el zinc de los linotipos, del narcisismo vergonzante que suple a la auténtica creación. Leamos este hermoso poema de este libro verdaderamente original:

CANTICO DEL AMOR VEGETAL

*En todo te recuerda, lentamente,
mi olvidada memoria vegetal,
esta tarde de invierno y casi triste.*

*Eras todo el amor, todo el amor:
el amor de los lirios albicantes,
y el amor de la rosa a su manera.*

*El alma vegetal lo sabe, letra
a letra. Lo aprendió en tu abecedario
que todavía ignora las vocales.*

*Yo te recuerdo, amor, cuando eras niña
y solamente nube sobre nube.
Con la dorada aguja del ensueño
remendabas, entonces, los crepúsculos.*

*Yo te recuerdo, amor, junto a la aurora,
y te recuerdo, amor, junto al ocaso.
Eras todo el amor sobre la tierra,
y el amor en el fuego y en el agua.*

*Eras todo el amor comprometido
en reforzar al mundo:
hipoteca de savia entre los tallos
y codeudor de sangre entre las venas.*

Eras todo el amor comprometido.

*Amor,
 amor,
 carbón,
 carbón,
 diamante.*

*Yo te recuerdo, amor, cabe la nada;
amor junto a la muerte haciendo vida;
amor desde el microbio hasta la estrella,
y siempre doloroso.*

*Te recuerdo en amibas y en helechos;
te recuerdo en estambres y pistilos,
y hubiera sido un árbol
si las fuentes pensarán los paisajes.*

*Yo te recuerdo, cuando
recostado a mi tronco,
con hermosa nostalgia femenina,
en los atardeceres practicabas
un trozo de tristeza.*

*Amor inexecutable de mujer
flagelada con látigos de hastío
y pétalos de rosa,
en los ensueños impares de la luna.*

*Para mi oscura rama primitiva
flores de sombra. Y tu moreno luto
como dormida fuente, y casi mármol
sobre arrayán que envejeció en almendra.*

*Yo te recuerdo, amor, con luz de savia,
en las frustradas carnes de las hembras
que no pudieron ser,
o fueron solo pasto.*

*Mis manos, trasnochadas todavía,
conservan el recuerdo de sus sexos,
con nostalgia de búcaro que tiene
las raíces desnudas en el agua.*

*Mi olvidada memoria vegetal
lo sabe, letra a letra y gozo a gozo,
sobre el abecedario de lo absurdo.*

*Eras todo el amor, todo el amor;
toda la paz y la inquietud a un tiempo,
y un cielo de palomas dirigías,
y un huracán despuntador de estrellas.*

*Amor comprometido para siempre
en la flecha salvaje
en la hembra desnuda
en el miedo impreciso
y en no dejar de ser por la mañana.*

*Eras todo el amor. Amor eterno.
y todo corazón. Y sin que piedra
participara en él.*

*Amor, cabe los muros silenciosos
de la caverna oscura, iluminada
con el perfume exacto
de la mujer en celo.*

*Entonces, mi madera conmovida
pudo pensar en tí, concretamente,
y adivinar tu tacto.*

*Tu luz y tu perfume,
y el recuerdo futuro de tu sexo,
domaron mis instintos vegetales.*

*Muy cerca de los nidos,
una noche de luna,
te sentí casi fruto entre las ramas,
y hubiera sido vegetal tu amor.*

*Pero mi tronco te palpó desnuda,
y mi duro arrayán devino en hombre,
y mi savia, de pronto, se hizo sangre,
y equilibrio de penas,
y desnivel de lágrimas.*

* * *

AYER... Por José Hurtado García.

¡Trágico sino el de los escritores colombianos! Su obra literaria no encuentra ámbito en una república consagrada a la menuda politiquería, abocada como siempre a los signos de un materialismo aceitoso, que tuerce caminos y mancha conciencias. Porque nuestra cultura es una de las grandes farsas nacionales. Como el cantado catolicismo que muy pocos practican. Como los "genios" que inventamos, aunque se trate de paquidermos antediluvianos. Pero lo que es una cultura formativa, formas de investigación, tiempo para crear una obra valedera, carecen de todo ámbito. Somos tremendamente superficiales. Y para completar estos brochazos los escritores padecen de una egolatría tristemente incurable. Se odian, unos a otros, sin sospechar que a la sociedad le interesan una higa esos combates acerbos, esas incriminaciones estériles. Las aguas siguen corriendo bajo los puentes y nuestros escritores se empecinan en asomarse al espejo azogado de un narcisismo que es apenas una vanidad inclinada sobre el vacío.

El caso de José Hurtado García, muerto en marzo de 1967, es un caso ejemplar. Nunca tuvo odios personales hacia nadie. Escribía con una generosidad casi húmeda en llanto. Se interesaba por los rumbos de la cultura, aunque careciera de tiempo y de apoyo para una labor constructiva. Tenía talento para su oficio. El más despreciado entre los colombianos. Vivía con las antenas abiertas a toda creación del espíritu. Comentaba libros sin que la sombra, larga, de la envidia pasara por ellos. Era efusivo, cordial, optimista. Un niño que creía en la palabra escrita como si fuera un diamante de luz espectral. Desempeñó posiciones subalternas como toda nuestra generación, cobardemente agredida por quienes tienen los poderes económicos y sociales para ello. Su vida fue un pequeño círculo de luz donde danzaba como un sacerdote en el templo que se ha construido. Muy pocos amigos seguimos de cerca el itinerario de ese noble corazón. Un día un empleo público, que echaba sobre sus hombros el manto de la rutina y forzaba zalamerías que conllevan una forzada subalternidad. La calle con sus horizontes abiertos. Un cafetín para recitar versos de poetas amados. Una pobreza de sayal, mientras tanto avivato pasaba orondo con su mediocridad a succionar los racimos agri-dulces del poder.

Fue un escritor sin compromisos. Su conciencia era una aguja imana-
da y no era plegable como el acordeón. No obstante su festivo entusiasmo,
había mucha soledad acerba en la vida de Hurtado García. Pero se en-
cendía su sensibilidad frente a las cosas bellas del mundo. Fue de aquella
generación llamada greco-caldense que usaba y abusaba del adjetivo como
de un balón de colorines. Hubiese podido dejarnos una obra más seria, un
rastrear más hondo en el mundo del universo cultural. Pero careció de ám-
bito para ello. Cumplió su oficio, sí, con altanería y comprometiendo el
idioma en empresas que son un don del espíritu. Escritor de tiempo com-
pleto, no dejó una obra de mayores calidades, por el afán de escribir para
ganar el pan, en esa tarea del tejedor del cáñamo, que inclinado sobre su
trabajo, descubre, de pronto, una luz, un color, una forma, para darle
calidad a su tarea. Una víctima más de un Estado que vive alejado del
trabajo del intelectual y lo abandona en total desamparo.

* * *

CONFESION DE PARTE—Por Hernando Téllez—
Talleres Gráficos del Banco de la República—Bogotá,
Colombia.

Al releer en esta fría tarde de invierno estas páginas de Hernando Té-
llez, nos sobrecoge y angustia una rara meditación. Escritor eminente si los
ha habido en Colombia, suscitador de temas, glosador finísimo de hechos
e ideas de nuestro amargo tiempo, no obstante la obra literaria de Téllez,
no pertenece a la raíz de lo auténticamente colombiano. Es una flor de
invernadero en un trópico que padece alucinaciones, donde el hombre cae,
desollándose para encontrar más altas cumbres. La suya fue una vida plena
y armoniosa. En sus primeros tiempos se vistió hasta los pies del pardo
sayal de la pobreza. Escribía en el periódico *El Tiempo* glosas finas, de
un esteticismo muy Benjamín Jarnés. Después, la vida le dio amplia opu-
lencia económica para no ser un galeote más de la pluma. Las esencias de
sus prosas tienen gracia, pero no cumplen una tarea formativa y norma-
tiva. Su meditación era serena, pero su prosa desmenuzaba conceptos,
mordía con tenaza finísima los hechos y los levantaba como a una sala-
mandra para analizarlos y destriparlos.

Téllez no se metía, hondo, en el barro aborígen. La cita de razas
—indígenas, negros, mulatos, mestizos— no le interesaba sino como es-
pectáculo. Se mantenía a prudente distancia para no salpicar su pensamiento
con lo turbio, enrevesado, arduo y triste de nuestra vida en crisol formativo.
Su fundamental inconformidad con nuestro paisaje humano y geográfico,
era acaso, la consecuencia de haber nacido en un tiempo que no era el
suyo. En verdad, ciertos hombres quisiéramos escoger la época de venir
al mundo. Pero esto se halla fuera de la órbita de América española. Con
el acecho de furores y fiebres, calofríos estremecedores, agobio del paisaje,
inmersión en lo telúrico y un poco brujo de este mundo apenas enrutado
hacia un destino impar.

Por eso mismo las prosas de Téllez, ya lo escribimos una vez, son
bellas, sutiles, pero podían haber sido escritas en Francia o en paisaje

boreal, sin tener que encrespase con los elementos de nuestra etnografía tan complicada. Es posible que gran parte de la obra de este artífice pase al olvido. Es la consecuencia de la falta de aquellos grumos de sangre del escritor, cuando grita su verdad y se siente atrapado en la trampa del misterio indo-americano.

Su europeísmo fue su perdición y su salvación al mismo tiempo. Porque le entregó un instrumento de "dulce flautista", pero al mismo tiempo le tocó entonar las melodías en un mundo completamente extraño al fenómeno literario europeo. ¿Qué nos resta del simbolismo, el parnasianismo y otros "ismos", que hicieron furor en dos generaciones de escritores colombianos? Nada o casi nada. Algunos poemas de Valencia, *El nocturno*, de Silva, algunos poemas de Maya, un ramillete de versos de Angel Montoya, las ánforas de Rafael Vásquez, muy poca cosa. Porque mientras imitábamos a los grandes poetas franceses, el trópico, este que vivimos y padecemos, estaba esperando la honestidad del hombre de letras que se acerca con fervor a escrutar sus enigmas. Téllez era un adoctrinador de esencias superadas. Somos indios melancólicos, de sangre rebelde, de un acerbo y acaso estéril individualismo. Y esos factores son los que cuentan. El tiempo con sus ácidos no perdona. Es preciso ser nosotros mismos, aplicando el oído a la tierra nuestra. De lo contrario nuestra obra literaria tendrá mucho de artificio, de préstamo y también de calco.

Téllez poseía una extensa cultura. Es muy personal, casi sin antecedentes en Colombia. Algunas veces juega la brisa en el abanico. Otras, moldea temas, trae su meditación del fondo de un tiempo histórico que no entronca con lo nuestro. Bien nutrido de savias francesas y españolas, su estilo tiene, por tanto, cierto sello de universalidad, alejándose de los particularismos feroces, que han destruído y aventado la obra creadora de la inteligencia colombiana.

Admirable escritor, lejano escritor, amigo dilecto, evocador de memorias en el viento, porcelanas galantes, enjuiciamiento de una burguesía candorosa, todo esto se encuentra en este fino prosador colombiano. Y en una edición pulcra, orientada por el gusto estético de Bernardo Merizalde, insuperable director de Talleres Gráficos del Banco de la República.

* * *

LA MEDICINA EN EL NUEVO REINO DE GRANADA DURANTE LA CONQUISTA Y LA COLONIA—
Por Andrés Soriano Lleras—Universidad Nacional de Colombia. Bogotá.

El profesor Andrés Soriano Lleras ha prestado un servicio de suma utilidad a los colombianos con la publicación de esta obra. Porque venía haciendo falta ¡y en qué manera! un libro que explicara cómo ha sido el desarrollo de la medicina en nuestro país. No es este un libro de polémica, sino de historia. Narrar las diferentes enfermedades que han padecido nuestros compatriotas, desde la época de los primitivos aborígenes. Con documentos de primera mano y sin interferencias que tuerquen los cauces de un trabajo historial. La prosa de esta obra es amena y de fácil

lectura. Puede seguirse en ella el proceso de la medicina, a medida que se acercaba a un mundo virgen, en el cual era preciso luchar, como aún sucede en nuestros días con prejuicios, supercherías, maleficios y otras formas de vida mágica que no han podido ser desterradas del todo.

Todo el fruto de una paciente investigación en documentos de aquella época. En todos ellos se da una importancia suma a toda clase de yerbas. Las había para todas las enfermedades con un éxito increíble. La botánica ejercía un total dominio sobre las gentes de aquellas edades. Y no les faltaba razón, pues, aún hoy, muchas enfermedades son curadas con determinadas yerbas, sin necesidad de receta médica. Particularmente entre enorme masa pobre de la República.

Como decíamos, la prosa de Soriano Lleras es eminentemente narrativa. No busquen los lectores en ella, giros literarios, plétora de imágenes, adjetivos deslumbrantes. Tiene una encantadora sencillez clásica que señala a su autor como un hombre erudito y culto, sin amaneramientos. Tampoco se deja conducir a terrenos diferentes a la historia de la medicina. Un libro honesto, serio, de investigación, que sabemos agradecer a su autor.

* * *

ESPUMAS DE ORO—Poemas—Soraya Juncal—Editorial Alvarez—Medellín, Colombia.

La poesía exige más cada día de sus cultivadores. No se trata de extensión, sino de calidad. Un solo poema puede salvar del olvido para siempre a un poeta. **Espumas de oro**, es un libro de versos que carece de originalidad y de ese temblor “bajo los astros”, de ese iluminismo interior, que, al volcarse en el poema, se hace luz y sombra, alegría y martirio, sueño y ceniza. La poesía es muy exigente. Solamente los poetas colombianos, con escasas excepciones se acuerdan de que esta constituye la única verdad del lirismo que aspira a perdurar. Lo elemental, primigenio, la simplicidad poética es acaso mucho más difícil que el artesonado barroco, la filigrana, el juego sutil de los resortes mentales.

La autora de **Espumas de oro**, poco conoce lo que significa la profundidad, el volumen, la temperatura de una poesía. Desconoce inclusive las formas y normas del simple retoricismo. No hay aquí vida interior, desierto místico, vaga alucinación. Estas verdades están ausentes de toda la obra, es preciso confesarlo, apartándonos de una generosidad, que, en este caso, sería totalmente insincera. No podemos desentrañar la causa de este “lamentable accidente de crepúsculo”. Esta escritora que también pica de novelista, acaso se precipitó en la impetuosa corriente del verso. Con graves riesgos y total imperfección en su obra. Acaso quiso ganarle la carrera al tiempo, sacrificando valores que son esenciales en toda poesía. **Espumas de oro**, no lo son propiamente. Espumas de jabón, pompas que revientan en el aire y nada dejan.

Ojalá la autora medite en nuestro concepto. Y frene el potro desbocado. De no hacerlo así, su prosa tendrá la vigencia de un día, de todo aquello que se escribe únicamente por publicar, ser nombrado y nada más.